

The book cover features a central white diamond shape. The top and bottom corners of the cover are blue triangles. The left and right sides are composed of overlapping geometric shapes with various patterns: a gold grid, a gold stippled pattern, and a blue stippled pattern. The title 'ESCRITO EN LA HISTORIA' is centered in the white diamond in blue capital letters.

**ESCRITO
EN LA
HISTORIA**

Cartas
que cambiaron
el mundo

**SIMON SEBAG
MONTEFIORE**

CRÍTICA

Simon Sebag Montefiore

Escrito en la historia

Cartas que cambiaron el mundo



Traducción castellana de
Gonzalo García

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: octubre de 2019

Escrito en la historia. Cartas que cambiaron el mundo
Simon Sebag Montefiore

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Written in History: Letters that Changed the World*

Copyright © Simon Sebag Montefiore, 2018

© de la traducción, Gonzalo García, 2019

© Editorial Planeta S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-143-4
Depósito legal: B. 16275 - 2019
2019. Impreso y encuadernado en España por Liberdúplex

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Amor



Enrique VIII a Ana Bolena, mayo de 1528

Esta es una de las cartas de amor que cambió la historia. Él era el segundo hijo de Enrique VII, que se había apoderado del trono de Inglaterra en 1485, estrenando la casa Tudor. Si Enrique VIII llegó a suceder a su padre en 1509 fue solo porque su hermano mayor —el príncipe Arturo— había fallecido unos años antes. Este dejó a una viuda joven, hija de los Reyes Católicos: Catalina de Aragón, con la que Enrique decidió casarse de repente, al poco de acceder al trono. En la fecha de nuestra carta, tras casi veinte años de matrimonio, el rey necesitaba desesperadamente a un heredero varón, pues hasta entonces solo había sobrevivido una hija, María. Después de una aventura con una joven cortesana llamada María Bolena, empezó a fijarse en la hermana de esta, Ana, que era dama de honor de la reina. En 1528 Enrique está enamorado de Ana Bolena, once años más joven que él. Aunque por entonces es improbable que el amor se haya consumado, él se siente ya embelesado del todo, mientras que ella resiste los intentos de seducción. La castidad, el refinamiento y la ambición de casarse con el rey —a diferencia de su hermana, Ana no se contenta con ser el objeto de una conquista—, unidos a su atractivo frío y altanero, intensifican la devoción de Enrique. La futura consorte tiene tanta personalidad que él duda de que haya en ella genuino amor —«el fervor ... confío en que también por vuestra parte»—, pero más adelante Enrique se encolerizó por sus ardides y se vengó de un modo terrible.

El amor de Enrique era paralelo a su convicción de que el matrimonio con Catalina había sido irremediablemente incestuoso y que el consiguiente descontento divino explicaba la ausencia de hijos varones. Por lo tanto ordenó a sus ministros que obtuvieran la anulación pontificia. La Iglesia Católica se negó a satisfacer los deseos del monarca en el «Gran Asunto del Rey», lo que llevó a la decisiva ruptura del país con Roma y la fundación de la Iglesia de Inglaterra, lo cual, a su vez, le permitiría casarse con Ana en 1532. Cuando Ana le dio una hija —la futura Isabel I—, pero ningún varón, Enrique se volvió en contra de ella y la hizo ejecutar en 1536.

Mi señora y amiga,

Yo y mi corazón nos ponemos en vuestras manos, con el ruego de que los tengáis por pretendientes de vuestro buen favor y que vuestro afecto por ellos no disminuya por la ausencia. Pues sería una gran pena incrementar su pesar, cuando la ausencia ya lo hace suficientemente; más que nunca me habría parecido posible recordarnos cierta verdad de la astronomía cual es que, cuando más largos son los días, más alejado está el sol y, sin embargo, más arde. Así ocurre con nuestro amor, pues la ausencia nos separa y, sin embargo, mantiene el fervor, al menos por mi parte, y confío en que también por la vuestra. Os aseguro que por mi parte el dolor de la ausencia ya me resulta excesivo; y cuando pienso en el incremento de cuanto por fuerza debo sufrir, me resultaría prácticamente insufrible, de no ser por la firme esperanza que tengo; y como no puedo estar con vos en persona, os envío lo más próximo a esto, cual es mi retrato en un brazaletes, con los detalles que ya conocéis. Deseo ocupar su lugar cuando os plazca.

Por la mano de vuestro leal servidor y amigo,
H[enricus] Rex

Frida Kahlo a Diego Rivera, sin fecha

Las cartas de amor de Frida Kahlo a su esposo, el pintor Diego Rivera, se llenan de los colores atrevidos y pasiones desbocadas de su arte —y de su vida—. De padre alemán y madre mexicana, Frida, nacida en 1907, quedó lisiada por la poliomielitis y en 1927 sufrió un accidente de autobús grave, casi fatal: una barra de hierro le había penetrado el útero. Pasó tres meses enyesada de cuerpo entero y soportó treinta operaciones y toda una vida de dolor. Mientras se recuperaba empezó a pintar y se encontró con Diego, que ya era famoso; los dos eran de izquierdas y se conocieron por medio del Partido Comunista. Diego se

convirtió en su mentor artístico. Rivera había vivido en París, viajado por Italia y desarrollado su propio estilo de murales, de colores atrevidos, con figuras de una simplicidad casi azteca, siempre narrando la historia de México y su revolución. Diego y Frida se convirtieron en amantes: él contaba cuarenta y dos años; ella, veinte.

Kahlo y Rivera se casaron en 1929, pero el matrimonio fue tempestuoso. Él tenía un genio de mil demonios y era un mujeriego infatigable; ella mantuvo relaciones con hombres —entre ellos el líder revolucionario ruso en el exilio, León Trotski— e igualmente con mujeres como la cantante y bailarina franco-estadounidense Josephine Baker. Ni los problemas de salud ni el catolicismo conservador de buena parte de la sociedad mexicana impidieron que Kahlo desarrollara su visión artística; sus trajes complejos y coloristas mostraban la heterogeneidad de su herencia racial y la libertad de su vida amorosa. El estilo artístico de Kahlo, radicalmente expresivo —una mezcla extravagante de fantasía y realismo, magia y cultura popular—, lo inspiraron tanto el país mexicano como su propia y extraordinaria vida. Todo esto se manifiesta en las cartas a Rivera, en las que el amor físico y la turbulencia emocional se expresan a menudo con colores de pintor: «La vida callada dadora de mundos, lo que más importa es la no ilusión. La mañana nace, los rojos amigos, los grandes azules, hojas en las manos, pájaros ruideros, dedos en el pelo, nidos de palomas, raro entendimiento de la lucha hermana, sencillez del canto de la sinrazón, locura del viento en mi corazón. Dulce *xocolatl* del México antiguo, tormenta en la sangre que entra por la boca. Compulsión, augurio, risa y dientes finos, agujas de perla para algún regalo de un siete de julio. Lo pido, me llega, canto, cantando, cantaré desde hoy nuestra magia-amor». Describe su amor con imágenes del paisaje mexicano, incluso de la fruta: «Era sed de muchos años retenida en nuestro cuerpo ... Todas las frutas había en el jugo de tus labios, la sangre de la granada, el tramonto del mamey y la piña acrisolada. Te oprimí contra mi pecho y el prodigio de tu forma penetró en toda mi sangre por la yema de mis dedos. Olor a esencia de roble, a recuerdo de nogal, a verde aliento de fresno. Horizontes y paisajes que recorrí con el beso ... Yo penetro el sexo de la tierra entera;

me abrasa su calor y en mi cuerpo todo roza la frescura de las hojas tiernas».

Se divorciaron en 1939. Durante mucho tiempo, se la conoció principalmente como la esposa de Diego; pero ahora el arte nacional de México lo conforman por igual las pinturas de Frida y los descomunales y exuberantes murales de Diego. En cuanto a su relación volcánica, ella lo expresó mejor que nadie: «Solo un monte conoce las entrañas de otro monte».

Diego:

Nada comparable a tus manos, ni nada igual al oro verde de tus ojos. Mi cuerpo se llena de ti por días y días. Eres el espejo de la noche. La luz violenta de los relámpagos. La humedad de la tierra. El hueco de tus axilas es mi refugio. Mis yemas tocan tu sangre. Toda mi alegría es sentir brotar la vida de tu fuente-flor que la mía guarda para llenar todos los caminos de mis nervios, que son los tuyos.

Thomas Jefferson a Maria Cosway, 12 de octubre de 1786

Él es el embajador de Estados Unidos en París. Ella es una «angloitaliana de pelo dorado, languideciente, graciosa ... y experta consumada, sobre todo en materia de música». Él cuenta cuarenta y tres años; ella, veintisiete. Él es viudo, ella está casada. Jefferson, nacido en Virginia, era un terrateniente acomodado que en 1776 había redactado la Declaración de Independencia de la nueva nación de Estados Unidos. Maria Cosway, nacida cerca de Florencia en 1759, era hija de un tabernero inglés expatriado y se había casado con un pintor excéntrico.

En París, durante el otoño de 1786, Maria y Jefferson han pasado juntos un mes en intensa compañía. Cuando ella se marcha, Jefferson le escribe esta carta extraordinaria en la que uno de los grandes intelectos de la historia occidental aborda el dilema del amor, el sufrimiento

sentimental y la naturaleza humana. Estar enamorado, beber el elixir del amor —argumenta— bien vale el padecimiento inevitable. Su propio país, Estados Unidos, no habría obtenido la libertad sin el apasionamiento del corazón. ¿A qué conclusión llega? «No tenemos rosa sin su espina.» Nunca se vuelven a ver, pero mantienen correspondencia durante el resto de sus vidas.

Poco después de que Maria se marchara de París, la hija de Jefferson acudió a la capital francesa en compañía de la mulata Sally Hemings, de dieciséis años. Jefferson inició una relación con ella que engendró al menos cinco hijos. En 1790 regresó a su país para convertirse en el primer secretario de Estado del gabinete del presidente Washington; en 1801 fue elegido tercer presidente de Estados Unidos. La presente es una carta muy especial, que expresa el tormento y los dilemas de todo hombre o mujer enamorados de la persona inapropiada.

Sentado junto a la chimenea, en soledad y tristeza, se produjo el siguiente diálogo entre mi Cabeza y mi Corazón.

CABEZA. Bien, amigo, te veo bastante afectado.

CORAZÓN. Soy en efecto el más desgraciado de todos los seres de la Tierra. Abrumado por el pesar, cada fibra de mi organismo está más tensa de lo que naturalmente es capaz de soportar; afrontaría con gusto cualquier catástrofe que me incapacitara para sentir o temer.

CABEZA. Estas son las consecuencias eternas de tu calidez y precipitación. Esta es una de las tribulaciones a las que siempre nos llevas. Y confiesas de hecho tus locuras, pero aún las estimas y abrazas; no cabe esperar reforma donde no hay arrepentimiento.

CORAZÓN. ¡Ay, amigo mío! Este no es momento de censurar mis debilidades. ¡La fuerza del dolor me ha hecho pedazos! Si

tienes algún bálsamo, úntamelo en las heridas; en caso contrario, no las sometas a nuevos tormentos. ¡Ahora perdóname en este momento de espanto! En cualquier otro atenderé con paciencia tus admoniciones.

CABEZA. Antes al contrario, yo nunca experimenté que el momento de la victoria fuera, en tu caso, el de atender a mis amonestaciones. Mientras estás sufriendo el efecto de tus locuras quizá puedas llegar a tomarlas en consideración; pero cuando el paroxismo ha pasado, entonces imaginas que nunca volverá. Así pues, por dura que pueda resultar la medicina, es mi deber administrarla ...

CORAZÓN. ¡Que el cielo me abandone si lo hago!

CABEZA. Quería hacerte comprender cuán imprudente resulta entregar sin reservas tus afectos a objetos que vas a perder tan pronto y cuya pérdida, cuando se produzca, te causará tales espasmos de dolor. Recuerda qué pasó anoche. Sabías que tus amigos se marcharían de París hoy. Esto ha sido bastante para que te dominara la angustia. Toda la noche nos has estado lanzando de un lado de la cama al otro. Sin dormir, sin descansar ... Para evitar estas penalidades eternas a las que no dejas de exponernos, debes aprender a mirar hacia delante antes de dar ningún paso que pueda perjudicar nuestra paz. En este mundo todo es materia de cálculo. Avanza luego con cautela, con una balanza en la mano. Pon en un platillo los placeres que cualquier objeto pueda ofrecer; pero sé justo y pon luego en el otro las penas que seguirán, y observa qué pesa más. Conocer a una nueva persona no es un asunto indiferente. Cuando se te proponga una nueva relación, contéplala en todas las facetas. Sopesa qué ventajas te ofrece y a qué inconvenientes te podría exponer. No muerdas el cebo del placer hasta haberte asegurado de

que no oculta un anzuelo. El arte de la vida es el arte de evitar el dolor; y el mejor piloto es aquel que navega más lejos de las rocas y arrecifes que lo rodean. El placer siempre aguarda ante nosotros; pero la desgracia se encuentra al lado mismo de nosotros: mientras buscamos aquel, nos topamos con esta. El medio más efectivo de hallarse protegido frente al dolor es retirarnos a nuestro interior y procurar por nuestra propia felicidad ...

CORAZÓN. ¿¡Hay placer más sublime que fundir nuestras lágrimas con alguien golpeado con dureza por la mano del Cielo!? ¡Vigilar el lecho del enfermo, entretenerlo en sus momentos de tedio y de dolor! ¡Compartir el pan con alguien privado de todo por el infortunio! En este mundo hay sin duda miseria en abundancia; para aliviar la carga debemos llevarla entre los dos ... Cuando la naturaleza nos asignó el mismo habitáculo, nos dio sobre él un gobierno dividido. A ti te encomendó el campo de la ciencia; a mí, el de la moral. Cuando hay que cuadrar el círculo o trazar la órbita de un cometa; cuando se va a investigar cuál es el arco de mayor fuerza o el sólido de menor resistencia, entonces abordas tú el problema; te pertenece; la naturaleza no me ha dado conocimiento alguno al respecto. De la misma manera, al haberte negado a ti los sentimientos de simpatía, de benevolencia, de gratitud, de justicia, de amor, de amistad, te ha negado todo control sobre estos. Les ha adaptado, por el contrario, el mecanismo del corazón. La moral era esencial para la felicidad del hombre, demasiado como para arriesgarla a las combinaciones inciertas de la cabeza. En consecuencia ha puesto los cimientos en el sentir, no en la ciencia. Hay cosas que dio a todos, por ser necesarias para todos; y cosas que dio solo a unos pocos, pues con unos pocos bastaba. Tengo constancia de que pretendes la autoridad para controlar con soberanía nuestro

comportamiento en todas sus partes; y el respeto por la gravedad de tus proverbios y máximas, el deseo de hacer lo correcto, a veces me han inducido a conformarme con tus consejos ... Si nuestro país, cuando se le imponían agravios a punta de bayoneta, hubiera estado gobernado por las cabezas, y no los corazones, ¿dónde estaríamos ahora? Colgados de una horca tan alta como la de Amán.* Tú empezaste a calcular y a comparar riqueza y números: nosotros vertimos unas cuantas pulsaciones de nuestra sangre más caliente, opusimos entusiasmo a la riqueza y los números, pusimos nuestra existencia en peligro cuando el peligro parecía amenazarnos, y salvamos nuestro país; y al mismo tiempo justificamos los caminos de la Providencia, cuyo precepto es hacer siempre lo correcto y dejarle las cosas a ella. En suma, mi amigo, en todo cuanto puedo recordar, no me consta que jamás hiciera algo positivo por sugerencia tuya, ni algo sucio sin haber mediado esta. Así que en adelante me niego a que interfieras en nada en mi provincia. Llena papeles como te complazca, con triángulos y cuadrados; examina de cuántas formas puedes colgar y combínalas todas ... Si nosotros no somos inmortales, amigo mío, ¿cómo podemos esperar que lo sean nuestros gozos? No tenemos rosa sin su espina ni placer que no mengüe. Es la ley de nuestra existencia y debemos someternos.

Catalina la Grande al príncipe Potiomkin, c. 19 de marzo de 1774

Esta es la carta que revela una de las asociaciones románticas y alianzas políticas más exitosas de toda la historia. Catalina llegó a Rusia siendo

* Una «horca de cincuenta codos de altura», según el libro bíblico de Ester. (*N. del t.*)

una joven princesa alemana, para casarse con el insignificante heredero del trono: el gran duque Pedro, un bravucón inepto y marcado por la viruela que convirtió la vida de su esposa en un infierno. Catalina era una mujer inteligente, culta, apasionada y ambiciosa. En un contexto de terrible soledad encontró apoyo personal y político en una serie de amantes. En cuanto se puso de manifiesto que su marido —ya como emperador Pedro III— era no solo un zar desastroso sino un hombre de temer, le derrocó con la ayuda de su amante, Orlov, y ascendió ella al trono como Catalina II. Pedro III murió estrangulado. La vida de Catalina también corría peligro y Orlov apenas la ayudó. Cuando la relación se va a pique, la reina busca sustituto en una nadería intelectual, cierto Vasílichkov, que todavía la hace más infeliz. Necesita el apoyo de un igual. A Grigori Potiomkin ya lo conoce: es un hombre brillante, ostentoso y de carácter, que ya está enamorado de la emperatriz.

Entonces ella se enamora de él, sabiendo que goza de un intelecto tan soberbio como el suyo propio. En sus cartas, que escriben de día y de noche, se califican a sí mismos de «almas gemelas». A veces suenan como un mensaje de móvil: «Amo al general, el general me ama», pero sus ambiciones son imperiales. La pasión física se acompaña de la perspicacia política, y la pareja transforma la historia de Rusia: juntos se expanden por Ucrania, se anexionan Crimea y fundan una flota en el mar Negro, así como nuevas ciudades, de Odesa a Jersón.

En la presente carta, Catalina, que apoda a Potiomkin «mi héroe», «cosaco» y «gavur» (tártaro musulmán), admite que ya con las primeras luces del día, después de una discusión en la que ella ha decidido romper, es incapaz de vivir sin el carismático príncipe: el amor y el deseo son irresistibles. ¿Qué le ha hecho Potiomkin a la mujer más inteligente de Europa?

Querido, la verdad, supongo que no pensábais que hoy os escribiría. Pues estáis muy equivocado, señor. Me desperté a las cinco, ya han dado las seis; debería escribirle [a Vasílichkov]. Pero solo por mor de la verdad, y por favor prestad atención a qué clase de verdad me refiero: que no os

amo y no quiero veros más. No os lo creeréis, amor mío, pero no puedo sufiros en lo más mínimo. Ayer charlamos hasta las doce y luego se le ordenó retirarse. No os enojéis; bien se puede prescindir de él. Lo más estimable que surgió de aquella conversación es que tuve noticia de qué se dicen entre ellos: no —dicen—, este no es otro Vasílchikov, a este lo trata distinto; y a fe que es digno. Nadie está sorprendido y la relación se ha aceptado como si hiciera tiempo que la esperaban. Pero no: todo tiene que ser distinto. Desde el dedo meñique hasta el talón y desde aquí hasta el último pelo de mi cabeza, he proclamado una prohibición general a mostraros hoy ni el menor afecto. Tengo el amor encerrado en mi corazón, bajo siete llaves. Es horrible, el poco sitio que allí hay. Con gran dificultad ha logrado meterse allí dentro así que, tenedlo en cuenta: ¡quizá salte al exterior por algún lado! Pero veamos, vos que sois un hombre razonable, ¿podrían haber más locuras en tan pocas líneas? Un torrente de palabras necias ha brotado de mi cabeza. No comprendo cómo podéis pasarlo bien en compañía de una mente tan demencial. Ah, señor Potiomkin, ¿qué extraño milagro habéis obrado al desquiciar tan por completo una cabeza que antaño la sociedad tenía por una de las mejores de Europa?

Va siendo hora, con urgencia, de empezar a actuar razonablemente. Es vergonzoso, es malo, es un pecado que Catalina II permita que esta pasión enloquecida la gobierne. Tal temeridad os hará odioso incluso a sus ojos. Empezaré a repetirme ese último verso a menudo y confío en que con ello bastará para hacerme regresar a la buena senda. Pero esta no será la demostración última del gran poder que ejercéis sobre mí. Es hora de parar, o garabatearé una completa metafísica sentimental que acabará por haceros reír, aunque esta será toda su virtud. Bien, mis sinsentidos: partid hacia esos lugares, esas costas felices donde mi héroe habita. Si por casualidad no le halláis en casa y regresáis a mis manos,

entonces os arrojaré directos a la hoguera y Grishenka no verá esta conducta extravagante en la que, sin embargo, Dios lo sabe, hay mucho amor; aunque sería mucho mejor que no lo supiera.

Adiós, gavur, moscovita, cosaco. No os amo.

Jacobo I a George Villiers, duque de Buckingham, 17 de mayo de 1620

Esta es una carta de amor del rey Jacobo I, casado, a su adorado varón favorito. Jacobo tenía una historia de relaciones íntimas con jóvenes atractivos. Desde el momento en que vio a George Villiers en 1614, cuando este contaba veintiún años, quedó impresionado por la belleza física de un joven que también resultó ser inteligente, aunque sin un talento particular. Tras ser nombrado copero del rey, ascendió con rapidez entre los pares hasta obtener el ducado de Buckingham, en 1623, y ser de hecho —en tanto que lord gran almirante— a la vez el jefe del gobierno y el hombre más odiado en todo el reino.

Jacobo besaba y acariciaba a George en público, y lo llamaba afectuosamente *Steenie* (Estebanillo) porque san Esteban tenía «el rostro de un ángel». Según admitió en 1617 ante la Corte, «pueden tener la certeza de que amo al conde de Buckingham más que a nadie ... Ojalá ... no se considere un defecto, pues Jesucristo hizo lo mismo y, por ende, no se me puede culpar: Cristo tenía a Juan, yo tengo a George». Es probable que hubiera alguna relación sexual; en una carta de Buckingham a Jacobo, este recordaba: «si ahora me amábais ... mejor que en aquellos días que nunca olvidaré, en Farnham, donde no se podía encontrar el cabecero de la cama entre el señor y su perro». Jacobo trataba de «esposa» a Buckingham: «Que Dios os bendiga, mi dulce hijo y esposa, y os permita ser el consuelo de vuestro querido padre y esposo». Llamativamente, Buckingham también logró convertirse en el mejor amigo del hijo de Jacobo, su heredero Carlos I, con lo cual siguió en lo más alto tras la muerte del rey. Pero en 1628 un oficial descontento lo asesi-

nó. En esta carta, escrita cuando estaba en la cima del poder, Jacobo le ha ayudado a contraer matrimonio con una dama rica, lady Katherine Manners; pero incluso después de la boda, el rey sigue elogiando los «dientes blancos» de Buckingham.

Mi dulce y querido único hijo:

Vuestro querido padre os envía su bendición esta mañana, a vos y también a su hija. Que el Señor del Cielo os envíe un dulce y alegre despertar, toda clase de consuelos en vuestro santificado lecho, y bendiga los frutos de este para que yo pueda tener dulces pajes de cámara con los que jugar; por ello ruego cada día, mi amor. Cuando os levantéis, manteneos alejado de cuantos importunadores puedan perturbar vuestro espíritu para que, al encontrarnos, yo pueda ver cómo vuestros dientes blancos me iluminan y así prestéis a mi viaje vuestra reconfortante compañía. Y así Dios os bendiga, con la esperanza de que no olvidaréis leer otra vez mi carta anterior.

Jacobo R.

Vita Sackville-West a Virginia Woolf, 21 de enero de 1926

Vita Sackville-West era una poeta y novelista aristocrática, hija de lord Sackville. Después de casarse con el diplomático Harold Nicolson en 1913, siguió manteniendo relaciones amorosas con mujeres, y quizá el gran amor de su vida fue la novelista Virginia Woolf. En febrero de 1923, Woolf escribió en su diario: «[Vita] es una sáfica experta y quizá ... me tiene echado el ojo, por vieja que yo sea». Virginia, casada con Leonard Woolf (su apellido de soltera era Stephens), tenía entonces cuarenta y cuatro años, diez más que Vita. Virginia se consideraba una provinciana mediocre, en comparación con el carácter vistosamente libertino de Vita, además de una escritora de menos éxito. Vita admira-

ba la escritura «exquisita» de Virginia. En esta carta de amor nada osentosa, Sackville-West —que escribe a Woolf desde uno de sus refugios italianos a principios de 1926— confirma el afecto a su amante, aunque Vita tuviera otras amantes. La relación se terminó en 1928, pero inspiró a Woolf la novela *Orlando* que, con su protagonista inolvidable, capaz de cambiar de sexo, es en cierta medida la carta de amor de Virginia a Vita.

Milán

Jueves, 21 de enero de 1926

He quedado reducida a un algo que desea a Virginia. Te compuse una hermosa carta en las horas de insomnio y pesadilla de esta noche, y ha desaparecido: sencillamente te echo de menos, de una forma muy simple, humana, desesperada. Tú, con todas tus cartas nunca sandias, jamás escribirías una frase tan elemental como esta; quizá ni siquiera la sentirías. Creo que a ti no se te escapará el pequeño vacío. Pero lo vestirías con una frase tan exquisita que perdería un poco de su realidad. En cambio conmigo es muy potente: me duele tu ausencia más aún de lo que podía imaginar —y estaba preparada para sentirla no poco—. Así que esta carta no es más que un chillido de dolor. Es increíble lo esencial que has llegado a ser para mí. Supongo que estás acostumbrada a que la gente te diga estas cosas. Maldita sea, criatura mimada, no haré que me ames más por entregarme yo de esta manera... Pero, ay, cariño, contigo no puedo ser astuta y reservada; te amo de más para eso. Verdaderamente de más. No tienes ni idea de lo distante que puedo ser con la gente que no amo. Lo he convertido en un arte refinado. Pero tú has derribado mis defensas. Y en verdad no lo lamento ...

Por favor, discúlpame por escribir una carta tan deprimente.

V.

Entre Solimán el Magnífico y la sultana Hürrem, c. década de 1530

Estas dos cartas de amor narran la historia de la asociación entre Roxelana, una muchacha esclava, y el monarca más poderoso del mundo. Ella era probablemente la hija de un sacerdote ruso, una cristiana rubia, apresada y vendida al harén del sultán otomano Solimán el Magnífico, que gobernó durante cuarenta y seis años desde 1520. No cabe duda de que ella fue un personaje notable por su carácter, fuerza e inteligencia. Aunque Solimán tenía acceso a miles de odaliscas en su harén —y ya contaba con una consorte que le había dado un heredero, el príncipe Mustafá—, sin embargo, se enamoró de Roxelana, a la que dio el nuevo nombre de Hürrem («deleitosa») por su exuberancia y sus «ojos de travesura desbordante».

Los padisás otomanos escribían poemas de amor con seudónimo, y Solimán, que a menudo estaba lejos luchando contra los húngaros o los persas, escribió a Hürrem poemas con el nombre de Muhibbi. Reproducimos aquí uno de estos poemas, que aún se celebran.

Solimán a Hürrem

Trono de mi nicho solitario, mi tesoro, mi amor, mi luz de luna.

Mi más sincera amiga, mi confidente, mi existencia misma, sultana mía,

la más bella entre las bellas ...

Mi primavera, mi amor de rostro alegre, mi día, cariño mío, hoja sonriente ...

Mis plantas, mi dulce, mi rosa, la única de este mundo que no me causa pesar ...

Mi Estambul, mi Caramán, mi tierra de Anatolia, mi Badajmán, mi Bagdad, mi Jorasán,

mujer mía del pelo hermoso, amor mío de las cejas

inclinadas, amor mío de los ojos de travesura desbordante ...

Siempre cantaré tu elogio.

Yo, el amante del corazón atormentado, Muhibbi el de los ojos llenos de lágrimas, estoy feliz.

Hacia 1521, Hürrem dio a luz a un primer hijo: el varón esencial, el heredero. Solimán hizo caso omiso de la restricción de que cada concubina tuviera un solo hijo y, hacia 1533, se casó asimismo con ella, rompiendo el precedente según el cual los sultanes no contraían matrimonio con concubinas. Hürrem tuvo la suerte de dar al emperador cinco hijos y una hija, mencionados en la siguiente carta. En su mayoría vivieron muchos años; en particular la niña, la bella e inteligente Mihrimah, que se convirtió en asistente de confianza de su padre y también en consejera de su hermano Selim. Con el paso de los años, Hürrem demostró ser una política formidable, que se enfrentó al hijo mayor del monarca, Mustafá, estrangulado por órdenes de su padre. Hürrem falleció en 1558, antes que Solimán, pero logró que en 1566 la sucediera su hijo Selim. El mausoleo de Hürrem, de techo cupular, se halla adyacente al de su esposo en Estambul, en la mezquita de Solimán. He aquí una de las cartas que Hürrem envió a Solimán cuando este se encontraba en campaña:

Hürrem a Solimán

Mi sultán, la ardiente angustia de la separación no tiene límite. Perdonad pues a esta triste mujer y no demoréis vuestras nobles epístolas. Permitid que mi alma goce al menos del breve consuelo de una carta ... Cuando se da lectura a vuestras nobles cartas, vuestro servidor e hijo Mir Mehmed y vuestra esclava e hija Mihrimah lloran y gimen por vuestra ausencia. Su llanto me ha enloquecido, como si estuviéramos de duelo. Mi sultán, vuestro hijo Mir Mehmed y vuestra hija Mihrimah y Selim Jan y Abdullah os envían muchos recuerdos y humillan la cara en el polvo a vuestros pies.

Anaïs Nin a Henry Miller, c. agosto de 1932

Nacida en Francia en 1903, de padres cubanos, Anaïs Nin dio una nueva expresión al poder, la libertad y el erotismo de las mujeres, así como al sufrimiento femenino por abusos masculinos. Escribió diarios en los que dejó constancia de la relación incestuosa con un padre abusador y, al crecer, hizo una celebración de sus propias sensibilidades: literaria, emocional y erótica. En la década de 1930, mientras vivía en París con su esposo (el banquero escocés Hugh Guiler), se dedicaba a escribir ensayos y relatos, pero vertía todo su talento en los diarios.

El escritor estadounidense Henry Miller, apodado «el autor gánster», vivía también en París, sin dinero, mientras completaba *Trópico de Cáncer*, la primera de sus obras maestras masculinas, eróticas y de pro-cacidad rabelesiana. Pero los dos vivían para escribir: «en nuestra esencia hay un escritor, no un ser humano», apuntó Nin. A sus treinta y nueve años, Miller, sin un céntimo, estaba casado con su segunda esposa —June Smith, una belleza hermética y fascinante— cuando acudió a una cena a casa de los Guiler. Fue él solo; June todavía estaba en Nueva York.

Nin, de veintinueve años, se obsesiona primero con el Miller escritor. Cuando conoce a su esposa June, las dos mujeres tienen un romance fugaz. Luego Anaïs y Henry se embarcan en su propio viaje de sexo y literatura. Él la admira por su diario y sus relatos; ella reconoce la grandeza de sus novelas *Trópico de Cáncer* y *Trópico de Capricornio*, en las que June aparece como la *femme fatale* Mona/Mara. Se publicaron a expensas de Nin y su esposo. La relación fue siempre una aventura erótica a la par que una celebración de la vida. «Él es un hombre al que la vida emborracha; como yo», escribió ella. Pero después de amarse, analizaban lecturas con profusión: «Henry utilizó mi amor bien, bellamente: erigió libros con él».

La suya es una de las grandes correspondencias románticas: sexual, turbulenta, desinhibida, poética, de redacción hermosa, desequilibrada. «Anaïs: he aquí la primera mujer con la que puedo ser absolutamente sincero —escribe él en verano de 1932, y añade—: Quiero decir que no

puedo ser absolutamente leal; no lo llevo dentro, amo demasiado a las mujeres, o la vida ... Pero ríe, Anaïs ... Adoro oír tu risa. Eres la única mujer que posee un sentido de la alegría, una sabia tolerancia; no, más aún, pareces instarme a que te traicione. Te amo por eso. Y ¿qué te lleva a hacerlo? ¿Amor? ¡Oh, es hermoso amar y ser libre al mismo tiempo! ... Te amo riendo ... Ven aquí, corre a follarme. Descarga conmigo. Rodéame con tus piernas. Calientame.» En 1934, cuando *Trópico de Cáncer* salió de la imprenta, Miller cobró fama —positiva y negativa— por este libro y su trilogía de *La crucifixión rosa*. Anaïs se hizo famosa por sus diarios y novelas como *Una espía en la casa del amor*. Sus relatos eróticos breves, *Delta de Venus*, cambiaron el erotismo femenino cuando vieron la luz, ya de forma póstuma, en 1977. La relación terminó a los diez años, pero siguieron siendo amigos de por vida —magistrales en la escritura de cartas—. La siguiente epístola de Anaïs capta la pasión y el odio de su *ménage a trois* y la generosidad de espíritu de la autora.

Tienes razón, en cierto sentido, cuando hablas de sinceridad. Un esfuerzo, en todo caso, con la habitual retracción humana o femenina. Retraerse no es femenino, masculino ni superchería. Es un terror ante la destrucción total. Lo que analizamos inexorablemente, ¿morirá? ¿Morirá June? ¿Morirá nuestro amor, de repente, al instante, si lo tuvieras que caricaturizar? Henry, saber demasiado es peligroso. A ti te apasiona saberlo absolutamente todo. Por eso la gente te odiará.

Y a veces creo que tu impecable análisis de June omite algo: lo que sientes por ella más allá de lo que sabes, o a pesar de lo que sabes. A menudo veo cómo gimes por lo que destruyes, cómo quieres detenerte y adorar tan solo; y en efecto te detienes, y un momento después vuelves a ponerte con la hoja afilada de un cirujano.

¿Qué harás después de haber revelado todo lo que se puede saber sobre June? La verdad. ¡Con qué ferocidad la persigues! Destruyes y sufres. De algún modo extraño yo no estoy

contigo: estoy en contra de ti. Estamos destinados a poseer dos verdades. Te amo y te combato. Y tú, lo mismo. Seremos más fuertes por eso, los dos, más fuertes con nuestro amor y nuestro odio. Cuando caricaturizas, aferras y haces trizas, te odio. Quiero responderte, no con poesía débil o estúpida, sino con una maravilla tan fuerte como tu realidad. Quiero combatir tu hoja quirúrgica con todas las fuerzas ocultas y mágicas del mundo.

Quiero combatir contra ti tanto como rendirme a ti, porque como mujer adoro tu coraje, adoro el dolor que engendra, adoro la lucha que llevas dentro de ti, que solo yo percibo en toda su plenitud, adoro tu sinceridad terrorífica. Adoro tu fuerza. Estás en lo cierto. Se debe caricaturizar el mundo, pero sé, también, cuánto puedes amar lo que caricaturizas. ¡Cuánta pasión hay en ti! Es lo que percibo en ti. No percibo al sabio, al revelador, al observador. Cuando estoy contigo lo que siento es la sangre.

Esta vez no te vas a despertar de los éxtasis de nuestros encuentros para revelar solo los momentos ridículos. No. Esta vez no lo harás porque mientras vivimos juntos, mientras examinas cómo mi carmín indeleble borra el diseño de mi boca, esparciéndose como sangre después de una operación (me besaste la boca y se marchó, el diseño se perdió como en una acuarela, los colores se corrían); mientras lo haces, agarro la maravilla que pasa frotando (la maravilla, oh, la maravilla del hallarme debajo de ti) y te la traigo, la respiro a tu alrededor. Tómala. Me siento pródiga con mis sentimientos cuando me amas, con los sentimientos tan afilados, tan nuevos, Henry, que no se pierden en semejanza con otros momentos, tan nuestros, tuyos, míos, tú y yo juntos, no cualquier hombre o mujer juntos.

¿Qué es más conmovedoramente real que tu habitación? La cama de hierro, la almohada dura, el vaso aislado. Y todo brillando como las luces festivas un 4 de julio por efecto de

mi alegría, la alegría suave y ondeante del vientre que inflamaste. La habitación está llena de la incandescencia que has vertido en mí. La habitación explotará cuando me sienta al lado de tu cama y tú hables conmigo. No oigo tus palabras: tu voz reverberaba contra mi cuerpo como otra clase de caricia, otra clase de penetración. No tengo poder sobre tu voz. Viene directamente de ti a mí. Podría taparme los oídos y encontraría un camino hasta mi sangre y la haría levantarse.

Soy inmune al chato ataque visual plano de las cosas. Veo tu camisa caqui colgada con una pinza. Es tu camisa y te puedo ver a ti en ella: a ti, vestido con un color que detesto. Pero te veo a ti, no la camisa caqui. Algo se remueve dentro de mí cuando la mira y, sin duda, es tu *yo* humano. Es una visión de tu *yo* humano que me revela una delicadeza asombrosa. Es tu camisa caqui y tú eres el hombre que ahora es el eje de mi mundo. Giro en torno de la riqueza de tu ser.

«Acércate más, acércate. Te prometo que será hermoso.»

Mantienes tu promesa.

Escucha, no creo que solo yo sienta que estamos viviendo algo nuevo porque es nuevo para mí. En tus escritos no veo ninguno de los sentimientos que a mí me has mostrado, ninguna de las frases que has utilizado. Al leer tus escritos, me preguntaba: «¿Qué episodio vamos a repetir?».

Tú portas tu visión, y yo la mía, y se han mezclado. Si por momentos veo el mundo como tú lo ves (porque son las putas de Henry, yo las amo), a veces tú lo verás como yo.

Alejandra a Rasputín, c. 1909

Toda Rusia quedó paralizada por la naturaleza de la relación de la emperatriz Alejandra con su confidente, el siberiano Grigori Rasputín,

campesino y santo. Paso a paso, aquella fascinación destruiría el prestigio de la monarquía.

A partir de 1905, cuando se conocen, Alejandra, su esposo el zar Nicolás II y los hijos escriben con regularidad a Rasputín, que los orienta y aconseja a todos. La zarina cree que tiene poder para detener las hemorragias de su hijo hemofílico, Alekséi. Pero según se pone de manifiesto en esta carta, Rasputín también es esencial para el zar y la zarina como una combinación de sacerdote, psiquiatra y asesor. Lo veneran como un vínculo con Dios —una especie de Jesucristo— y un campesino auténtico que los confirma en su convicción de que existe una conexión mística entre el zar y el pueblo. Resulta asombroso que esta monarca altanera y neurótica, nieta de la reina Victoria, desee besar las manos de Rasputín y dormir al lado de este; sin embargo, en contra del mito popular, Alejandra era extraordinariamente moji-gata y nunca mantuvo un trato sexual con Rasputín, al que define como «mi amado mentor». Es una reverencia que perdura hasta el asesinato de este, en 1916, e incluso hasta el asesinato de los propios Románov, en julio de 1918, cuando sus cadáveres todavía llevan recuerdos que les había dado Rasputín.

Rasputín era poco juicioso, como demuestra el hecho de que permitiera que esta carta cayera en manos de un sacerdote rival, que la filtró de forma deliberada para avergonzar tanto al propio Rasputín como a sus mecenas reales. Cuando vio la luz, muchos creyeron que era demasiado bochornosa para ser verdad. Pero era genuina.

Mi amado e inolvidable maestro, salvador y mentor:

Me resulta agotador estar sin ti. Mi alma se tranquiliza y puedo descansar solo cuando tú, mi maestro, estás sentado a mi lado y beso tus manos y apoyo la cabeza en tus benditos hombros. Entonces, ¡qué fácil me resulta todo! En ese momento tan solo tengo un deseo: caer dormida, dormir para siempre en tus hombros, abrazada por ti. ¡Oh, qué felicidad, el simple hecho de sentir tu presencia a mi lado! ¿Dónde estás? ¿Adónde has huido? Es tan difícil para mí, tanta

añoranza en mi corazón ... Pero tú, mi querido mentor, no le digas una palabra a Ania [Výrubova, amiga de Alejandra] sobre cuánto padezco sin ti. Ania es buena, es amable, y me quiere, pero no le cuentes mi pesar. ¿Tardarás mucho en estar a mi lado? Ven pronto. Te estoy esperando, sin ti me siento fatal. Dame tu sagrada bendición, yo beso tus manos benditas.

Con mi amor, en todo momento,

Mamá

Horatio Nelson a Emma Hamilton, 29 de enero de 1800

Horacio Nelson conoció a Emma —lady Hamilton, la bella exactriz, desposada con el riquísimo embajador británico ante la corte de Nápoles— en los primeros años de las guerras contra la Francia revolucionaria. Cuando se vieron de nuevo, Nelson se había convertido en el gran héroe naval de Gran Bretaña. Físicamente, era un pingajo. Las batallas ya le habían costado un ojo («esta mañana sufrí una heridilla») y la amputación de una pierna («cuanto antes la corten, mejor»). En agosto de 1798 libró la batalla del Nilo: «mañana, antes de esta hora, habré ganado el título de par o [una sepultura en] la abadía de Westminster». Tras resultar herido en la frente por unos perdigones, un colgajo de piel le oscureció el ojo restante y se despidió: «Me han matado. Den recuerdos a mi esposa». Pero la herida era ligera, y Nelson aniquiló la flota de Napoleón y dejó al general francés varado en Egipto.

A partir de aquí se transformó en una leyenda —el barón Nelson del Nilo y duque de Bronte— y pasó mucho tiempo gozando de la celebridad en la exótica ciudad de Nápoles, donde él y Emma se enamoraron. Nelson tenía entonces cuarenta y dos años y como hombre es un despojo; Emma, a sus treinta y cinco, sigue siendo hermosa. Los amantes pasan largo tiempo con el anciano esposo de Emma, el embajador sir William Hamilton, un escándalo que naturalmente llega a oídos de la mujer de Nelson —la sufrida Fanny— y de la sociedad de Londres.

Cuando por fin se suscribió la paz con Francia, Nelson y los Hamilton emprendieron un crucero por Europa, en cuyo transcurso la pareja concibió a su hija Horatia; volvieron a la capital británica en 1800. Emma estaba rodeada de admiradores, incluido el príncipe regente, y cuando Nelson se puso celoso, Hamilton le escribió una carta no poco inusual, en la que hacía hincapié en que su esposa, en el marco de la infidelidad hacia él mismo, estaba siendo fiel a Nelson.

Cuando la guerra estalló de nuevo, en 1804, Nelson lideró la lucha contra la flota franco-española, no sin escribir antes un testamento que ordenaba proporcionar a Emma «cuanto pueda necesitar para mantener su posición en la vida» y que su «hija adoptiva, Horatia Nelson Thompson ... utilice en el futuro tan solo el apellido Nelson». En Trafalgar, Nelson destruyó la armada franco-española, pero un francotirador francés lo abatió. Lo enterraron en la catedral de San Pablo, pero su testamento no se respetó: Emma murió en la penuria, diez años después.

Esta carta ardiente se fecha en los primeros días de su pasión. A Nelson se le ha ordenado presentarse ante su almirante, en Livorno, y cada legua que se aleja de Emma se le hace insoportable. Ha prometido «no dormir en tierra firme» —para en ningún caso flirtear con nadie más— y jura no disfrutar siquiera de un budín hasta volver a hacer el amor con ella. Encuentran los «obstáculos» de sus cónyuges: sir William Hamilton y Fanny Nelson.

Separado de todo cuanto aprecio en este mundo, ¿qué sentido tiene vivir, si es que tal existencia merece aún llamarse así? Nada podría aliviar tal separación, salvo la llamada de nuestro País; pero perder el tiempo con naderías es demasiado. Ninguna separación por ningún tiempo, Emma —mi única amada—, puede alterar mi afecto y amor por ti, que se basa en los principios más sinceros del honor; solo nos queda lamentar —como yo hago con el mayor de los pesares— que haya en las rígidas normas de este mundo obstáculos para nuestra unión con los lazos más estrechos,

unidos como estamos en los del amor verdadero. Tú tan solo sigue amando a tu leal Nelson como él ama a su Emma. Eres mi guía y a ti me rindo. Déjame hallar todo cuanto mi ferviente corazón ansía y desea con el riesgo de mi vida. He sido fiel a mi palabra de no participar de ninguna diversión y dormir en tierra firme.

Jueves 30 de enero: hace seis días que salimos de Liorna [Livorno] y no hay perspectiva de que pasemos a Palermo; para mí es peor que la muerte. No puedo comer ni dormir por el pensar en ti, mi queridísimo amor. No toco siquiera el budín y ya sabes por qué; no, antes me dejaría morir. Mi única esperanza es hallar que tú has guardado del mismo modo tus promesas, porque yo nunca te he prometido nada que no cumpliera con el mismo rigor que si al prometértelo hubiera contado con el cielo por testigo; pero estoy perfectamente seguro de la realidad de tu amor, y de que tú antes morirías que cometer ni la menor falsedad contra tu propio y leal Nelson, que vive solo para su Emma.

Viernes, me volveré loco: tuvimos una galerna que no es nada, pero me ha alejado de ti otras veinte leguas desde ayer al mediodía. De haber sido yo el señor, aun a pesar del tiempo me habría hallado veinte leguas más cerca, pero mi comandante en jefe no sabe cómo me sienta la ausencia. Anoche no hice nada más que soñar contigo, aunque me desperté veinte veces durante la noche. En uno de los sueños creía estar ante una gran mesa. Tú no estabas allí y yo, sentado entre una princesa que detesto y otra, ambas intentaban seducirme; y la primera quería tomarse conmigo las libertades que ninguna mujer en el mundo se ha tomado nunca, salvo tú; la consecuencia fue que la tumbé de un puñetazo y entre el jaleo posterior entraste tú y me abrazaste susurrando: «Tú eres todo lo que amo, mi Nelson». Te besé

con frenesí y gozamos de la culminación del amor. Ah, Emma, te estoy confiando mi alma. Si amas cualquier otra cosa que no sea yo, amas a los que no sienten como tu N.

Domingo al mediodía, un buen viento que me hace sentir un poco mejor con la esperanza de verte, mi amor, mi Emma, es mañana, a solo 138 millas de distancia; y confío en encontrarte a ti como a mí mismo, puesto que ningún amor se iguala al que yo siento por ti.

Napoleón Bonaparte a Josefina, 24 de abril de 1796

El suyo es un matrimonio por amor. Él es el joven general victorioso de la Francia revolucionaria; ella es una joven criolla nacida en la Martinica, viuda de un aristócrata guillotinado durante el Terror de los primeros años de la década de 1790. Josefina se convirtió en la amante de Paul Barras, una de las figuras principales del Directorio, que se la presentó a quien por entonces era un general prometedor: Napoleón, con el que se casó el 9 de marzo de 1796. En adelante, Napoleón fue derrotando a los enemigos de Francia —austriacos, rusos, prusianos y egipcios— hasta hacerse él mismo con el poder en su país y dictar, en 1804, que la pareja fuera coronada con el título imperial. Pero necesitaba un heredero y el matrimonio no había dado descendencia. Por lo tanto se divorció de ella y se casó con la archiduquesa María Luisa, hija del emperador de Austria, de la casa de Habsburgo, con la que tuvo un hijo. Cuando Napoleón perdió el imperio y se marchó al exilio, en 1814, Josefina gozó de la admiración general por saber soportar aquellos golpes con su estilo característico; pero murió a los pocos meses.

Al recibir esta carta se encuentra en París mientras el general Bonaparte combate en Italia. Hace poco que se han casado, pero él ya la necesita, atormentado por los celos. Ella es moderna y elegante, coqueta e infiel; él es obsesivo y controlador, la adora como un adolescente, la

bombardea a cartas que elogian, seducen, amenazan, gimotean y presumen a partes iguales. Él delira con el cuerpo de Josefina y su técnica sexual —algo que llaman «el zigzag»— y le suplica que no se lave para que la pueda oler. Según podemos leer en la carta, él siempre ansía besarla en el corazón y también «más abajo, mucho más abajo».

Mi hermano te llevará esta carta. Siento por él todo el amor y confío en que él gozará asimismo del tuyo: lo merece. La naturaleza le ha dado un carácter dulce y plenamente bondadoso; tiene toda clase de buenas cualidades.

Escribo a Barras para que lo nombren cónsul en algún puerto italiano. Quiere vivir con su mujercita lejos del tumulto de los asuntos políticos; te lo encomiendo.

Tengo tus cartas del 16 y el 21. Muchos días no escribes. ¿Qué haces entonces?

No es que esté celoso, amor; es que a veces me preocupo.

Ven pronto. Te lo advierto, si tardas, me encontrarás enfermo. El cansancio y tu ausencia son demasiado.

Tus cartas son la alegría de mis días, y mis días de felicidad no abundan.

Junot está camino de París con veintidós banderas. Tienes que volver con él, ¿me entiendes?

Pena desesperada, tristeza inconsolable, desdicha sin fin si tengo la desgracia de verlo regresar solo.

Mi amiga adorable, él te verá, respirará en tu sien; quizá le concederás el don único y perfecto de darte un beso en la mejilla, y yo estaré solo y lejos, muy lejos.

Pero vendrás, ¿verdad? Estarás aquí a mi lado, en mis brazos, sobre mi pecho, contra mi boca.

Apresúrate y ven, ¡ven! Pero viaja con cuidado. El camino es largo, malo, cansado.

Imagina que tuvieras un accidente o cayeras enferma; imagina el cansancio... Ven con cuidado, mi adorable amor; pero pienso en ti a menudo.

He recibido una carta de Hortensia [hija de Josefina, que se casaría con Luis, uno de los hermanos de Napoleón, futuro rey de Holanda]. Le escribiré. Es de lo más encantadora. La amo y pronto le enviaré los perfumes que quiere.

Lee con atención «Carthon», el poema de Ossian, y que duermas bien y feliz, lejos de tu buen amigo pero pensando en él.

¡Un beso en el corazón y otro más abajo, mucho más abajo!
B.

No sé si necesitas dinero, nunca me has hablado de tus asuntos comerciales. De ser así puedes hablar con mi hermano, que lleva 200 luises míos.

Alejandro II a Katia Dolgorúkaya, enero de 1868

La correspondencia de Alejandro II con Katia es, probablemente, la más explícita nunca escrita por un líder político. Pero las cartas también son conmovedoras, apasionadas y políticas. Él ha pasado de los cuarenta años y es el más atractivo de los emperadores Románov, un reformador que acaba de dar la libertad a los siervos, cuando se enamora de una adolescente que está a punto de terminar la secundaria: la princesa Yekaterina (o Catalina) Dolgorúkaya. Cierta día de enero de 1865, los dos se topan en un parque, frente al internado de ella, pocos minutos antes de que un terrorista intente asesinar al zar. Alejandro entiende que su amor cuenta con la aprobación sagrada: ella es su ángel guardián. Aburrido de la mojigatería de su esposa y desolado por la muerte de su hijo mayor, Alejandro se halla sometido a una presión brutal por una campaña terrorista que intenta quitarle de en medio. Halla consuelo en Katia, con la que comparte el consuelo del amor y una mutua atracción erótica. A través de varias cartas diarias, garabateadas en francés, se complacen en hablar sobre sus encuentros sexuales, que denominan en clave con la palabra inventada *bingerle*.

En sus cartas, Alejandro rememora el primer encuentro secreto: «Nunca olvidaré qué sucedió en el sofá de aquella sala con espejos en la que por vez primera nos besamos en la boca, y me hiciste salir mientras te quitabas la crinolina que nos estorbaba y me sorprendió encontrarte sin pantalón. *Oh, oh quelle horreur?* El sueño casi me hizo enloquecer, pero era real y me parecía que ÉL iba a estallar. Me sentí poseído. Ahí fue cuando encontré mi tesoro ... Habría dado lo que fuera para meterlo otra vez ... Sentí una descarga cuando tu descarada crinolina me dejó tocar tus piernas, que solo yo había visto ... Caímos el uno sobre el otro como gatos monteses». Ella comparte el entusiasmo y escribe: «Sabes que te deseo. Recibí un placer inmenso y me siento abrumada por él, un placer que no es comparable con ninguna otra cosa», y él le responde con frecuencia: «Saludos de mi *bingerle*, plenamente armado». Pero también analizan la política y la guerra y comparten la felicidad de una familia cada vez más numerosa.

Cuando la esposa de Alejandro falleció, en 1880, el zar se casó con Katia —desde entonces, la princesa Yúrievskaya—, pero al año siguiente unos terroristas lo asesinaron. Katia se retiró a París. La siguiente es una de las cartas *bingerle* de la fase inicial de su relación:

A las diez de la mañana.

Bonjour, ángel mío, te amo más que a la vida y estoy feliz de amarte, mi corazón te pertenece por completo y para siempre ... aguardo tu carta con impaciencia febril y no puedo entender qué la retrasa.

A las cuatro de la tarde.

Te deseo con locura, más que nunca, mi ángel adorado ... La ceremonia ha ido bien pero te juro que aún estoy agotado por nuestros deliciosos *bingerles* y las exigencias de esta mañana; pero podríamos experimentar otra vez la felicidad que hemos conocido juntos, yo desde luego no me precipitaría y nunca interrumpiría nuestro *bingerle*. Sí, la verdad es que siento que me he convertido en tu vida y solo quisiera que no olvides que eres mía y que yo, esté donde

esté, solo tengo una idea en mi cabeza: eres tú, mi ángel, mi alegría, felicidad, consuelo, atrevimiento, mi todo. Nada más existe para mí. Gracias por decirme que tu vida ha fructificado gracias a mí. No podrías causarme un placer mayor porque eso me dice que te sientes amada y que entiendes qué has llegado a ser para mí. Sin ti, mi existencia sería imposible y yo te seguiría a la tumba. Ojalá Dios se compadezca de nosotros y nos dé, algún día, la posibilidad de vivir tan solo para nosotros. No podría haber una pareja que se amara más. Gracias a nuestra tarde deliciosa y al encuentro de la mañana me siento impregnado por completo de los momentos brillantes y gozosos que vuelven a mí sin descanso. Me imagino tendido en los brazos de mi duendecillo adorable, adorando tu [palabra ilegible] que adoro como todo el resto de tu querido ser, y no puedo olvidar la expresión de tus ojos adorables durante nuestros *bingerles*, que reflejan el placer que das y que compartes con todo tu ser, con el cuerpo y el alma, más que nunca. ¿Cómo podría no sentirme loco por ti después de eso, mi ángel, mi todo? Mañana, pues, tendremos oportunidad de vernos temprano, cuando yo salga a pasear, y por la tarde, en la boda, donde nuestro aspecto expresará lo que sentimos. Mañana por la mañana dime qué puedes hacer y por la tarde yo confío en que nos veremos para completar nuestro *bingerle* interrumpido ... Quiero que sepas que eres un regocijo para mi ser, que te pertenece para siempre, es amor por ti, más que nunca. Quisiera comerte, besarte, degustarte ...

Yósif Stalin a Pelagueya Onúfrieva, 29 de febrero de 1912

Es un placer de las cartas privadas el hecho de que a veces nos revelan aspectos perdidos de personajes bien conocidos. Aquí, en 1912, Yósif

Dzugashvili —un revolucionario bolchevique originario de Georgia, que más adelante adoptará el nombre de «Stalin»— escribe una carta de amor con un «beeesso» apasionado para su amante, la adolescente Pelagueya. Se han conocido en Vólogda, donde Stalin está exiliado; ella es la amante de uno de los amigos de Stalin. Pelagueya tiene unos dieciséis años; él, treinta y cuatro. Él da clases sobre Shakespeare, arte y filosofía a su «ardiente Polia»; ella lo llama a él «excéntrico Ósip» (un diminutivo de Yósif). Ella es consciente de que no se volverán a encontrar. Cuando el futuro tirano de la Unión Soviética coja un tren a Moscú, a última hora del día, para desaparecer otra vez y retomar el trabajo en la clandestinidad revolucionaria, comprará una postal con «El beso», la escultura de Rodin en la que una pareja se besa, y se la enviará a Polia.

Querida PG:

He recibido tu carta hoy ... No escribas a la dirección antigua, porque ninguno de nosotros sigue allí ... Te debo un beso por el beso que de tu parte me ha pasado Piotr. Déjame besarte ahora. No te mando un simple beso sino que te beeeso con pasión (no vale la pena besar de otra manera).

Yósif